

Redescribiendo las geografías horizontales. Una aproximación neopragmática a la contingencia espacial, la complejidad y las relaciones

Redescribing horizontal geographies. A neopragmatism approach to spatial contingency, complexity, and relationships

KÜHNE, OLAF (2023), *REDESCRIBING HORIZONTAL GEOGRAPHIES. A NEOPRAGMATISM APPROACH TO SPATIAL CONTINGENCY, COMPLEXITY, AND RELATIONSHIPS*, CHAM, SUIZA, SPRINGER, 1041 PP., ISBN 9783031591242

En esta obra, Olaf Kühne propone repensar un nuevo rumbo para la geografía. Considera que, a través del pragmatismo —entendido como corriente que conecta todas las tradiciones antimetafísicas y antiesencialistas—, puede introducir un nuevo léxico, un nuevo paradigma de explicación en la disciplina geográfica (p. 30).

En una actitud ironista que nos permite apreciar la contingencia, Kühne incorpora a Richard Rorty en su redescrípción. El peso del filósofo estadounidense es crucial para justificar la redescrípción que plantea el geógrafo alemán. La ironía haría posible examinar los límites de los juegos del lenguaje, que no aparecen siempre abiertos. Aun más, vuelve posible su cuestionamiento (p. 707). No se trataría de usar la ironía como un medio de discriminación, sino como una contribución a la comprensión de la contingencia del mundo. Es decir, estar consciente de que el destino pudo seguir otro(s) curso(s), y que la interpretación misma que realizamos del objeto de estudio es azarosa y está condicionada por la vida personal del mismo investigador (p. 711). En otras palabras, la ironía ayudaría a comprender que aquello en lo que creemos con la mayor de las convicciones no es más que un producto fortuito y condicionado por la vida y las decisiones (in)trascendentes del mismo individuo.



Esta obra está protegida bajo la
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Sin
Derivadas 4.0 Internacional



CÓMO CITAR: Moreno Hernández, L. Alejandro (2025). Redescribiendo las geografías horizontales. Una aproximación neopragmática a la contingencia espacial, la complejidad y las relaciones. *Economía, Sociedad y Territorio*, 25: e2554. <http://dx.doi.org/10.22136/est20252554>

Además, añade la complejidad como ítem explicativo, y nos dice que ésta intenta capturar la mayor diversidad de elementos posible dentro de un sistema (p. 33). La ventaja de la complejidad es que constituye un modo de interpretación ecléctico, pero no brinda ninguna certeza; es apenas una perspectiva más entre otras, donde la contingencia adquiere un mayor relieve. Es decir, la contextualización del fenómeno resulta fundamental para entenderlo. Así, uno de los propósitos del autor es integrar la contingencia a la geografía (p. 41).

Kühne afirma que una geografía vertical coloca en plano secundario la espacialidad para analizar en primer plano el proceso social o natural (p. 45). Por el contrario, una geografía horizontal justamente coloca la horizontalidad como prioritaria, teniendo en el mismo nivel la espacialidad y el proceso a analizar. La meta de su obra es sacar a la geografía horizontal de la *esquina sucia* de una supuesta ausencia de teoría instrumentalizada para otorgarle *relevancia práctica* a partir de una reflexión mayormente teórica (p. 41).

De acuerdo con el autor alemán, la geografía se convirtió en una disciplina académica que siguió la sistematización y un método determinado, y en la cual los datos pasaron a ser estandarizados a través de preguntas de observación ya prefijadas (p. 97). En ese tenor, un ejemplo es la obra de Ferdinand von Richtofen, *Una guía para exploradores*, la cual pretende estandarizar los datos de los países con unas preguntas preestablecidas, que permanecen inmutables a cualquier coyuntura y/o contingencia.

Después de la trinidad de la geografía clásica: observación, análisis de la literatura y cartografía, la geografía adquirió otra trinidad: geografía regional, estudios regionales y estudios del paisaje (p. 99). Esta nueva trinidad intenta, de algún modo, acceder a la *esencia* del paisaje o de la región. Su máximo exponente fue Carl O. Sauer, quien a través del empirismo pretendía acceder a esta supuesta esencia (p. 100). Todavía más, tradicionalmente la geografía ha pensado que la cartografía (el mapa) revela una especie de *verdad*. Kühne (p. 735) sostiene que las asunciones implícitas en cada mapa deben ser explicitadas o inclusive los mismos mapas deberían ser tratados como *experimentos*, como una interpretación más entre otras.

En otro sentido, la propuesta de Kühne es incorporar el constructivismo a la geografía; es decir, dejar la búsqueda de una *esencia* para encontrar en el paisaje no solamente el mundo a observar, sino reconocer que apenas es una manera de ver el mundo entre otras (p. 107). En seguida, el autor desarrolla su redesccripción, basada en la teoría de los tres mundos de Karl Popper, los cuales no están predeterminados ni son objetivamente dados, sino que son contruidos (pp. 143-149). El primer mundo versa sobre los cuerpos vivos y muertos; el segundo se refiere a los contenidos individuales de la conciencia; el tercero son todos los productos planeados e intencionales de la vida humana. Muchos elementos pueden formar parte de más de un mundo. Los tres se encuentran conectados al no tener límites claros, pues ni el primer mundo puede contener un materialismo puro, ni el segundo una subjetivación *auténtica* (pp. 143-149).

Kühne resalta que la orientación positivista del espacio ya había dado un paso en el sentido de su redesccripción, pues esta teoría se concentraba en analizar, narrar y modelar el espacio antes que en proponer fórmulas. Sin embargo, uno de sus problemas fue que se limitó tanto en el estudio de lo *racional*, que hasta un estudio que se presume de positivista puede considerarse irracional; al concentrarse en la autenticidad del lenguaje científico, se muestra impotente para pensar nuevos problemas. Por ejemplo: ¿cómo podríamos nombrar aquello que no existía previamente? (p. 195). Todavía más, la geografía comúnmente ha ignorado que la vida social está moldeada por los conflictos, y que éstos son contingentes; es decir, no sabemos entre quiénes, ni por qué se dará el conflicto. Consecuentemente, la visión positivista de la geografía vira incapaz de observar las causas, implicaciones y consecuencias espaciales de los conflictos en cualquier región o espacio (p. 483). Inclusive, tampoco la visión marxista podría estudiar el conflicto, pues el marxismo ya sabría entre quiénes (dueños de los medios de la producción vs clase obrera) y por qué se da el conflicto (lucha de clases).

Así, el geógrafo alemán compara la visión del *conflicto* de la perspectiva marxista con la (neo)pragmática: la primera aboga por una utopía libre de conflictos; la segunda es una utopía liberal, una utopía de la contingencia, donde la tolerancia y la curiosidad serían los vértices intelectuales de la comunidad en lugar de la incesante búsqueda por la *verdad*

(p. 482). El límite de esta última utopía sería la crueldad; es decir, asume el conflicto, pero estableciendo una barrera de lo tolerable. Además, entiende que el conflicto puede desarrollar la productividad social a partir de la intención de regularlos o resolverlos, pero teniendo en cuenta que jamás podrán eliminarse por completo (pp. 489-491).

El espacio, desde una perspectiva constructivista radical o discursiva, es el resultado siempre reversible de negociación de los procesos sociales, donde una fijación definitiva de significado es imposible. La elección del espacio en la investigación tiene que ser justificada, no puede verse al espacio como un contenedor de los procesos sociales, sino que —así como el lenguaje moldea y modifica el mundo— el espacio contiene, condiciona y modifica el mundo. De esta manera, la elección del espacio en el objeto de estudio tendría que presuponer que vivimos en una era híbrida e interconectada, donde las fronteras se difuminan y las redes que afectan a la misma región podrían encontrarse a miles de kilómetros. Entonces, el espacio estudiado será una expresión de un entramado complejo de diferentes escalas (p. 653).

Consecuentemente, el espacio en última instancia es contingente. No obstante, dado que no cambia todos los días, los significados muchas veces los entendemos como predeterminados, fijos o normales (p. 209). El giro pragmático y lingüístico muestra de qué forma los significados pueden irrumpir y desvanecerse a través de la comunicación y, a su vez, consolidarse a través de su institución (p. 255). El pragmatismo continuamente se pregunta por la conexión entre el lenguaje y el mundo (p. 257): en su centro de interés está el mundo como constitución contingente (p. 258). No habría manera de comprender la *realidad* sin un lenguaje; en otras palabras, la realidad y el lenguaje no caminarían por sendas separadas. El lenguaje no es un espejo de la realidad, sino que está constituyendo y moldeando la realidad misma. Las mismas palabras componen el mundo, no se encuentran por fuera del mismo. Reducir el lenguaje a una mera descripción de la *realidad* es imposible. El habla no sólo narra la realidad, sino que la construye, la crea, la moldea (Austin, 1955). De acuerdo con Rorty —argumentativamente— las descripciones del mundo son lo único que tenemos (p. 277).

Todavía más: la *verdad* desde el pragmatismo siempre es negociada entre sujetos e identidades, pero nunca puede ser encontrada. No hay un plano ulterior de esencias donde podamos hallar la *verdad revelada*. Por lo tanto, la ciencia tampoco podría encontrar ese plano de esencias o verdades, no puede producir una *verdad concluyente*, sino que se limita a redescubrir conocimiento previo (p. 258).

De este modo, el pragmatismo va de la mano con la democracia¹, en tanto subversión y *redescripción* de valores en un campo parcialmente abierto (p. 259). Por consiguiente, la verdad no es descubierta por un léxico, sino que es moldeada por un léxico, es creada (p. 277). Así, el sujeto no puede colocarse entre el lenguaje y el objeto porque no hay transición entre lenguaje y objeto. Incluso los *hechos* están impregnados por el lenguaje y enmarcados en una teoría (p. 283). Desde el pragmatismo, el lenguaje es entendido como una historia de metáforas que no tiene un propósito en sí; el lenguaje no es estático, es dependiente de vocabularios que emergieron de otros y que recrean otros. Según el autor, el pragmatismo vuelve obsoletas las dicotomías sujeto y objeto, opiniones y hechos, idealismo y realismo, teoría y práctica (p. 313).

De este modo, el autor critica al historicismo –definido como la delegación de responsabilidades del propio individuo hacia un rumbo prefijado de la historia– ya que tanto la ciencia como la sociedad tendrían que formar sus reglas a partir de una apertura democrática y no de dogmas. En ese sentido, Kühne se apoya en Popper para rechazar las ideas teleológicas derivadas de presuntas leyes históricas (como las marxistas o las del libre mercado) porque el futuro en última instancia está abierto y es renegociado continuamente por actores que no conocen el *outcome* en el largo plazo de sus decisiones (p. 478-479).

El propósito de Kühne es redescubrir las relaciones espaciales (p. 455), subrayando que el observador no se encuentra en una posición superior o de prestigio para analizar el objeto que pretende desde un exterior, sino que, por el contrario, forma parte de esa red que desea analizar. Kühne propone apoyarse en diversas teorías con el fin de elaborar esa

¹ Cabe resaltar, aunque el (neo)pragmatismo comparta una preferencia por la democracia. Ésta no es vista como el resultado evolutivo de los procesos de modernización estructural de las sociedades, sino como un proyecto frágil, abierto y que continuamente necesita ser reconstituido, relegitimado y renegociado (p. 362).

redescripción de la geografía horizontal. Incluso, pese a que critica los datos, considera que se pueden usar en su redescripción, pero teniendo en cuenta que no constituyen la verdad de nada, sino que sólo son una posibilidad más de reinterpretación (pp. 643-645). De este modo, la geografía horizontal trata sobre la comprensión de las contingencias sin perder la distancia ironista de que las cosas pudieron ser de otra manera.

La intención del investigador alemán es abrir posibilidades, dice que la elección de teorías para el estudio de caso es contingente pues existen una multiplicidad de teorías que pueden mostrar relaciones o complementariedad con otras (p. 748). Por último, su objetivo es salir del pensamiento autoritario y rígido, que asume que siguiendo unas reglas procedimentales básicas se llega a una especie de *verdad*. Por ende, el autor intenta no darle un trato religioso a la teoría ni al método, en su relación con el objeto, sino de estar consciente de qué ideas puede y no puede proveer una teoría (p. 840). Otro de los aportes de esta teoría es no reducirse a la aplicación de lo ya conocido, sino abrir el campo para desarrollar nuevos métodos de recolección, evaluación, combinación y presentación de *datos* y *argumentos* sobre el mundo en general (p. 655). En esa sintonía, Kühne quiere romper con la idea de que existe *un* método, que nos brinde las *respuestas correctas* porque ni siquiera existe algo así como lo *correcto* o lo *verdadero* esperando a ser descubierto, sino que —apoyado en la perspectiva rortyana— la sociedad se limita a llamar *verdad* al resultado de los combates y conflictos sea cual fuese su resultado. Esta ruptura con la fidelidad al *método*, no constituye una cuestión trivial o menor, pues ésta ha impregnado a la ciencia en general y a las ciencias sociales en particular. Dado que tradicionalmente, la geografía se ha colocado como un *punte* entre las ciencias naturales y las sociales. La intención de copiar el método de las ciencias naturales ha sido —por lo menos— recurrente. Nos dirá Escalante:

Lo malo es que eso ha conducido a la idea de que cumplir con las reglas del método es lo único que hace falta, y que basta para hacer ciencia. Malo porque descuida otros factores: la imaginación, sin ir más lejos; porque favorece un trabajo de tipo fabril: investigación en serie, de mínima originalidad, estandarizada. Pero mucho peor en el caso de las ciencias

sociales porque ni siquiera hay un método que garantice la certeza. Ahí es donde la metodolatría resulta decadente. (Escalante, 1998 p.189)

Podría pensarse a la geografía como un exponente fiel del *cientificismo* y de la *metodolatría*, por su intención de copiar el método de las ciencias naturales en aras de buscar legitimidad, su incorporación del marxismo (casi como dogma) con preguntas ya respondidas antes de estudiar el propio objeto de estudio, y su tratamiento *determinístico* de las supuestas *causas* y de los *datos* encontrados en la región estudiada sin establecer correlaciones o sin cuestionar el marco teórico implícito en la construcción de los mismos datos. Serían esos solamente algunos elementos a resaltar para notar que Kühne está proponiendo un quiebre teórico-metodológico sobre cómo se había pensado la geografía hasta ahora.

Históricamente, la tendencia de la geografía fue escapar de la contingencia para mostrar la estabilidad del mapa, la esencia del paisaje o la verdad de la ciudad; tratando de fijar el objeto de estudio a partir de un método de observación predeterminado con preguntas preestablecidas o conociendo de antemano las respuestas antes de analizar el objeto. El autor intenta quebrar esa tendencia —pero con la humildad de que realizó una redesccripción en términos de Rorty—. Una redesccripción que debe estar al tanto de su dependencia ante el contexto y el azar (p. 879). Por lo tanto, esa redesccripción es susceptible de una nueva re-redesccripción, ya que la discusión no se cierra. En ese sentido el pragmatismo, la complejidad y a la contingencia se incorporan a la geografía.

Fuentes consultadas

Austin, John L. (1955). *Cómo hacer cosas con palabras*. Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
Escalante, Fernando (1998). *Una idea de las ciencias sociales*. Paídos. México. Pp. 204.

L. ALEJANDRO MORENO HERNÁNDEZ
alex.morenohdz@gmail.com
Universidad del Estado de Río de Janeiro

Reseña curricular

L. Alejandro Moreno Hernández. Doctorando en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Maestro en Ciencia Política por la Universidad de Essex. Licenciado en Geografía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente realiza una estancia de investigación en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Sus líneas de investigación son: teoría política, historia conceptual y sociología política. Entre sus más recientes publicaciones destacan, como autor: Las (in)consecuencias teóricas del populismo laclausiano. *Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública*, 22(40), 81-96 (2024); en coautoría: Desplazamientos antagónicos: el lopezobradorismo en tres tiempos. *CONfines*. 19(37), 178-197 (2023). Correo-e: alex.morenohdz@gmail.com

Esta reseña fue realizada con el apoyo de la Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior, Universidad del Estado de Río de Janeiro, (CAPES-Brasil). Código de financiamiento: 001.